

LA FAMILIA AZUL

Roberto Fuentes

ILUSTRACIONES DE **Nacha Márquez**

ZÉRO

Una noche mamá me contó que la familia Azul había llegado al pueblo hacía siete años, cuando yo era todavía muy chico. Llegaron caminando y nadie se explica cómo, pues Pueblo Dulce es lo más cercano de aquí, Pueblo Salado, y son al menos dos horas en carreta y unas cuatro caminando a paso rápido. Simplemente aparecieron una mañana con un bebé en brazos. Ellos no hablaban nuestro idioma. Solo repetían algo que nadie entendía, pero se asemejaba a «agua». Y les dieron agua, comida y leche para la niña. Mamá nunca más

me habló de esa experiencia en particular. Pero una tarde, eso sí, me contó que desde ese día los llamaban familia Azul porque tienen la piel de un color muy negro, no un negro carbón, más bien un negro azulado. Y mamá tenía razón. Yo nunca he visto a nadie igual. Por ahí supe que, como ellos no hablaban casi nada, los bautizaron con nombres que se le habían ocurrido a la gente de Pueblo Salado. Debo decir que no hicieron un gran esfuerzo: a él lo llamaron Azul, a ella Azulina y a su hija Celeste.

Nadie sabe mucho de la familia Azul y su pasado. Mamá nunca se sintió cómoda con ellos por lo mismo. Ella siempre quiere saberlo todo. Yo creo que era miedo lo que sentía. Me imagino que si un día llegara una nave espacial con extraterrestres yo también les tendría miedo, al menos al principio, pero después podría subir a la nave con ellos y dar la vuelta al mundo, compartir alguna experiencia divertida y de seguro nacería una gran amistad interplanetaria.

Yo me hice amigo de Celeste, bien amigo. Somos los únicos que tenemos ocho años en el pueblo. Los otros niños son mayores de doce. Y en el colegio, donde vamos junto con otros diez estudiantes que hay en el pueblo, nos sentamos uno al lado del otro para ayudarnos a hacer las tareas. Bueno, cabe aclarar que el resto de nuestros compañeros no nos toman mucho en cuenta.

UN

Una mañana nos avisaron que las clases se habían suspendido así que me quedé en casa. Jaime, el profesor, se había resfriado y no podía ni levantarse de la cama. Él vivía solo, pues su esposa e hijo un día se fueron a Pueblo Dulce y lo dejaron acá. Papá también hizo lo mismo cuando yo era muy chico, un día simplemente se fue. Mamá no habla de él, la demás gente del pueblo tampoco y yo ya no pregunto. Lo hice un par de veces cuando era más chico y solo recibía silencio de vuelta. No recuerdo nada de él y solo sé

que con papá tenemos nombres parecidos, nada más. Eso me lo dijo una vez el profesor, pero luego se retiró rápido y no volvió a mencionar el tema. Mi nombre es Nauj. Es raro, lo sé. No sé qué nombre se podría haber parecido a Nauj.

Esa mañana el cielo se llenó de pájaros, eran muchos y volaban en círculos sobre el pueblo. Vi a un par de pajarracos posados sobre el techo de la casa del profesor, aunque el sol me molestaba y quizás simplemente los imaginé. Los adultos se fueron temprano a trabajar a las piscinas de sal. Mamá me había dicho que antes de ir las piscinas iba a pasar donde el profesor a dejarle sopa de pollo para que se mejorara pronto. Todos estaban trabajando en las piscinas, incluso los niños grandes. Eso no pasaba casi nunca. Al señor Azul lo vi arreglando el techo de una casa mientras que la señora Azulina trabajaba en un huerto grande que construyó en su patio trasero en un terreno donde antes solamente se veía tierra seca y que ahora estaba lleno de verduras y frutas.

Ella reparte sus frutos a todo el pueblo y el pueblo le da a cambio tallarines, té, arroz y todas esas cosas que vende don Felipe en su carreta cuando pasa por el pueblo una vez al mes. Don Felipe tiene un caballo de color algo rojizo, es un animal muy flaco y siempre parece que está a punto de desmayarse.

Los papás de Celeste no trabajaban en las piscinas porque, como ellos no nacieron acá, no tenían derecho a tener una. A unos mil metros hacia el este hay un cerro enorme que por dentro está lleno de sales. Y desde su interior aparece un arroyo y esa agua es muy, pero muy salada; entonces a alguien se le ocurrió la idea de hacer piscinas de sal. La sal se acumula al fondo y luego el agua se evapora y queda solo la sal. Una vez al mes viene un camión, se lleva toda la producción y después se reparte la plata a cada familia. Son cuarenta y dos piscinas, una por cada familia, y si se forma otra familia entre gente del pueblo, se construye otra piscina y se les regala.

Cuando yo sea muy grande debiera tener mi propia piscina.

Los papás de Celeste hacen otras cosas para vivir. El señor Azul arregla de todo, dicen que es carpintero; construye piezas nuevas o casas enteras o arregla techos, como esa mañana que empezó todo. La señora Celeste, como ya dije, trabaja en su huerto, el más grande del pueblo –todos tienen uno, pero mucho más pequeño, el de nosotros es minúsculo, por ejemplo– y cuida a las personas cuando se enferman. Prepara brebajes con hierbas y cosas naturales. Principalmente cuida a un par de abuelitos que todavía quedan en el pueblo –los demás se han muerto de viejos– o a los niños cuando se enferman y sus papás deben ir a trabajar a las piscinas.

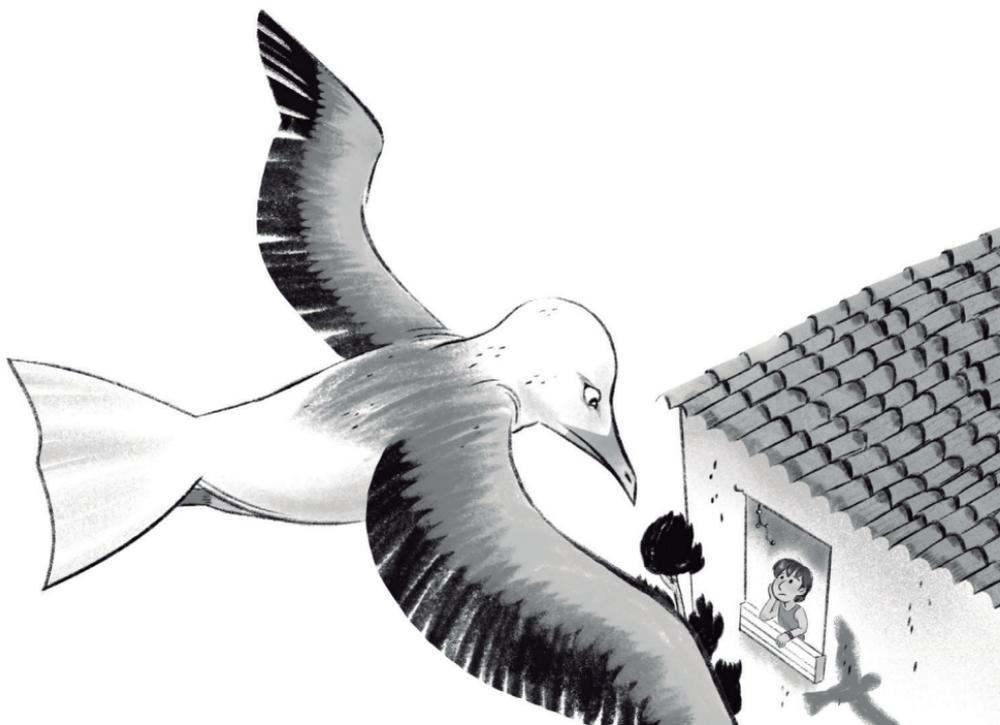
Bueno, retomo. Esa fatídica mañana el cielo se había llenado de pájaros. Eran muchos y volaban en círculos sobre el pueblo. Yo los miraba asombrado desde el patio. A veces algunos pájaros volaban hacia las piscinas y volvían. Nunca andan pájaros por

acá. Mamá llegó antes del mediodía estornudando y con los ojos rojos.

–No te me acerques –me dijo, y entró a la casa apurada.

–No te preocupes –me dijo Celeste–, mi mamá la va a sanar.

Ambos habíamos estado mirando el cielo en silencio. Ella es muy inteligente, así que le hice caso, no me preocupé y seguí sentado en la tierra junto a ella observando los pájaros. Eran muy raros.



–Mi papá ha dicho que son gaviotas –dijo ella.

–Gaviotas –repetí.

La familia Azul había aprendido nuestro idioma, pero a veces hablaban entre ellos en una lengua que nadie entendía. Por eso mamá no confiaba mucho en ellos. «Demasiados secretos», decía ella.

Y era verdad, nadie sabía de su pasado. Celeste tampoco me contaba nada y yo no sabía si sus papás le habían contado algo de su historia antes de llegar al pueblo. Al parecer ella tampoco preguntaba. A mí me interesaba hablar con ella, mirar su pelo negro y encrespado, su piel azulada y sus ojos algo verdosos y pensar en sus preguntas. Ella hacía las mejores del mundo. «¿Por qué la sal y el azúcar se parecen tanto, pero tienen tan distinto sabor?», por ejemplo.